

**GLORIA VIDELA DE RIVERO**

**LA RELACION HOMBRE - DIOS EN LA POESIA  
DE DAMASO ALONSO**

**MENDOZA  
1971**

## LA RELACION HOMBRE - DIOS EN LA POESIA DE DAMASO ALONSO

GLORIA VIDELA DE RIVERO

Me propongo en el presente estudio penetrar a través de la poesía de Dámaso Alonso hasta lo que considero su profundo núcleo generador: el planteo de las interrogaciones últimas, la íntima relación del hombre con Dios. Este es el tema vertebral con el cual se relacionan todos los demás.

Mi análisis tendrá un enfoque predominantemente temático e interpretativo<sup>1</sup>. Si bien consideraré algunos de los poemas juveniles, el estudio estará centrado en *Oscura noticia* e *Hijos de la ira*. Para ambos hay un enfoque común: la idea de que el eje o centro unificador de la expresión poética es la búsqueda de la "religazón" o vínculo entre el hombre y Dios. En *Oscura noticia* analizaré este proceso interior siguiendo el mismo orden de los poemas. Estos expresan la constatación angustiada de la muerte y —a través de ella— la superación del nihilismo y la desesperanza por el descubrimiento del sentido positivo de la destrucción, de su reverso liberador que permite la unión con Dios.

Más difícil es someter los poemas de *Hijos de la ira* al orden necesario para el análisis. Los temas se mezclan, se funden, se entrecruzan. El trasfondo es el mismo: la necesidad de Dios desde la angustia, la soledad, la presencia de la muerte, la podredumbre, la temporalidad, la injusticia, el odio, el desorden... La iluminación del más recóndito sentido que rescata tanto dolor, y el encuentro con el Amor.

<sup>1</sup> Los aspectos estilísticos han sido considerados detalladamente por J. FLYS en su libro: *La poesía existencial de Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1968.

Dejo de lado el primer libro poético del autor: *Poemas puros. Poemillos de la ciudad* (1921) por ser de distinto tono y carácter y en muy pequeña medida anticipatoria del tema que indagamos. *Oscura noticia*, publicado por primera vez en 1944<sup>2</sup>, comprende poemas compuestos entre 1933 y 1944. La edición, además de la colección de poemas agrupados con el nombre que da título al libro, incluye otros grupos de poemas, algunos muy tempranos, contemporáneos de los *Poemas puros*...: "Estampas de primavera" (1919-1924), "El viento y el verso" (1924), "Tormenta" (1926), etc.

*Hijos de la ira* fue publicado también en 1944. Sus poemas más antiguos son de 1930, pero la mayor parte fueron escritos después de 1940. Guarda estrecha relación con *Oscura noticia*: intensifica sus temas y sus procedimientos expresivos pues se agudiza el estado espiritual que les da origen. A pesar de este enlace con la poesía anterior, el libro tiene elementos de ruptura y novedad que lo convierten en un hito que marca un nuevo rumbo a los poetas jóvenes. La actitud cada vez más sincera y desgarrada conduce a un desbordamiento de los moldes poéticos tradicionales todavía presentes en algunos poemas de *Oscuras noticia* y a un enriquecimiento y ampliación de los temas. Pero a pesar de las diferencias, ambos libros deben ser estudiados juntos, son mutuamente complementarios y ambos constituyen el testimonio poético de una etapa de la vida de su autor —*Diario íntimo* es el subtítulo de *Hijos de la ira*— que trasciende los límites individuales y adquiere valor universal. Forman, pues, una unidad menor dentro de la unidad de la obra total de Dámaso Alonso, completada por dos libros que no consideraré ahora: *Gozos de la vista* y *Hombre y Dios*. Este último fue publicado en Málaga, en 1955. *Gozos de la vista* ha sido publicado totalmente, pero esparcido en revistas. Poseo una copia mecanográfica de todo el libro que evidencia una estrecha relación con *Hombre y Dios*. Esta unidad surge de la génesis misma de ambos libros, atestiguada en una carta que me envió su autor: "En el año 1954 iba yo a los Estados Uni-

<sup>2</sup> Manejamos en el presente estudio las ediciones de *Oscura noticia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959 y de *Hijos de la Ira*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958. (En adelante: *O. N.* y *H. I.*).

dos, con un plan trazado ya, de trabajar en la biblioteca de Harvard en unos temas filológicos que estudiaba entonces. Era por enero y fui en un barquito de poco tonelaje. El mar estaba muy bravo, y al pasar las Azores se puso malísimo. Yo, de repente, me encontré —estaba en mi camarote— escribiendo “Ese muerto” y el mismo día escribí “Gozo del tacto”. . . Ocurrió, luego que en Harvard no hice, casi, más que escribir poesía; y luego, también en Méjico, donde estuve un mes, y a la vuelta, por el verano, ya en Madrid. Salieron así dos libros: *Gozos de la vista y Hombre y Dios*. Los dos están tan relacionados que se puede decir que *Hombre y Dios* es una rama que he creído conveniente separar. . .”.

Estos dos libros constituyen pues otra unidad dentro de la obra poética de Dámaso. Más de diez años separan su publicación de la de *Oscura noticia e Hijos de la ira* y pertenecen a una etapa humana y poética diferente, mucho menos agónica. El tema central es siempre la relación del hombre con Dios, pero planteado en un tono más sereno: el poeta ya posee respuestas y reflexiona sobre ellas.

#### *Esencia y función de la poesía, según Dámaso Alonso.*

Dámaso Alonso ha afirmado que toda poesía es religiosa. “Si trata de reflejar el mundo, imita la creadora actividad. Cuando lo canta con humilde asombro, bendice la mano del Padre. Si se revuelve, iracunda, reconoce la opresión de la poderosa presencia. Si se vierte hacia las grandes incógnitas que fustigan el corazón del hombre, a la gran puerta llama. Así va la poesía de todos los tiempos a la busca de Dios. . .”<sup>3</sup>. La poesía, “religiosa por su naturaleza” se hace algunas veces “religiosa por el tema también”<sup>4</sup>. Así es su poesía. Sin embargo nó expresa la vivencia de una religiosidad incorporada pacífica e impersonalmente, aceptada sin opción, sin libertad. El poeta se siente desarraigado, desligado, y la religión es esencialmente vínculo, ligazón. Por el camino de

<sup>3</sup> DÁMASO ALONSO, “En busca de Dios”, en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1958, p. 398.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 398-399.

la expresión poética busca la ordenación del caos, el sentido del aparente "sin sentido", el centro, el amarre, el amor.

El mismo define su poesía y la actitud vital que ella expresa, cuando contrapone la poesía arraigada a la poesía desarraigada: "El panorama poético actual nos ofrece unas cuantas imágenes del mundo, muy armónicas o bien centradas, o vinculadas a un ancla, a un fijo amarre: todo le llamaré poesía arraigada"<sup>5</sup>. "...Para otros el mundo nos es un caos y una angustia, y la poesía una frenética búsqueda de ordenación y de ancla. Si, otros estamos muy lejos de toda armonía y serenidad..."<sup>6</sup>.

La poesía de Dámaso, que busca frenéticamente un centro, un ancla, expresa su doble condición, su doble angustia, la del hombre de todos los tiempos, alienado de Dios e inquieto hasta que descanse en El, y la del hombre actual, sensible a la atmósfera de los años de la post-guerra europea y de la post-guerra española, "tristes años de derrumbamiento, de catastrófico apocalipsis"<sup>7</sup>.

El poeta va a recorrer, a través de su poesía, el camino que va desde la oscuridad, la soledad, el "desnorte y la desolación universal", hasta el imán y centro definitivo.

### *Poemas juveniles*

Ya en los poemas juveniles de Dámaso Alonso insertos en *Oscuro npticia* late una inquietud honda, aunque aún no abiertamente manifiesta. En "Mañana lenta" ("Estampas de primavera", 1919-1924) el límpido sentimiento de la juventud, de la vitalidad, simbolizadas en la frescura de la hierba nueva, aparece empañado por el presentimiento de la caducidad, por el dolor de la temporalidad que agosta lo humano:

Mañana lenta  
cielo azul,  
campo verde,  
tierra vinariega,

<sup>5</sup> "Poesía arraigada y poesía desarraigada", *ibid.*, p. 366.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 370.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 371.

y tú, mañana, que me llevas.  
 Carreta  
 demasiado lenta,  
 carreta  
 demasiado llena  
 de mi hierba nueva,  
 temblorosa y fresca,  
 que ha de llegar —sin darme cuenta—  
 seca,  
 —sin saber cómo—  
 seca<sup>s</sup>.

Aún oscuramente el corazón insatisfecho siente el anhelo de un viaje interior y Dámaso lo exhorta a emprender el camino:

...Cabellera era de trenes  
 la tarde, y era una sed.  
 de rutas la mar salada.  
 Y a mi corazón le dije  
 —como a un perro—:  
 “¡Vamos! ¡Hala!”  
 ...A mi corazón, que estaba  
 latiendo y llorando, sordo,  
 sobre la tierra desnuda  
 y desolada<sup>o</sup>.

“Caminando de noche” nos sugiere, desde el título mismo, la idea de un camino emprendido en la oscuridad. Recordemos la riqueza del símbolo de “la noche” en la poesía religiosa. El mismo Dámaso Alonso lo ha analizado en su obra *La poesía de San Juan de la Cruz*. En este poema el símbolo no tiene aún el sentido profundo que adquiere en la madurez de San Juan de la Cruz, sentido de dolorosa purificación a la que el alma es sometida amorosamente por Dios. Es más bien la noche inicial, la noche del oscuro presentimiento de la fe, la noche del que intuye las primeras llamadas de la luz, cegado aún por sus propias vendas, noche como la del *Génesis*: “...La tierra estaba confusa y va-

<sup>s</sup> En *O. N.*, p. 37.

<sup>o</sup> “Viaje”, *ibid.*, p. 39.

cía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios estaba incubando sobre la superficie de las aguas" (Gen., 1, 2).

El poema expresa, en la primera estrofa, con la imagen de los árboles, la sed espiritual, el anhelo suplicante, el camino ascendente:

Son árboles sedientos  
cabelleras en súplica,  
que van la loma arriba,  
tras la belleza última,

y luego el desgarrador dualismo del hombre, tironeado en su naturaleza herida por fuerzas descendentes que dificultan su ascensión y lo dividen:

y el huracán repela  
por la ladera abajo  
hasta las quiebras hondas  
—oh vida— del barranco.

Por último la aclaración de la imagen, la identificación de árboles y hombre, que buscan "en soledad y viento". El símbolo del "viento" aparece cargado de sentido doloroso, de efluvios de tormenta:

Son árboles que buscan  
en soledad y viento,  
lo que tú buscas. ¡Huye,  
oh caminante negro!<sup>10</sup>.

El camino se presiente doloroso, el poeta teme y se exhorta a sí mismo a la huida, simbolizado en un "caminante negro", misterioso y fantasmal, tal vez de procedencia machadiana.

#### OSCURA NOTICIA

*La oscura noticia de Dios.*

Los gérmenes de dolorosa inquietud, de desgarramiento que latían en algunos poemas juveniles, se acentúan en *Oscura noticia* e irrumpen

<sup>10</sup> Pertenece a *Tormenta* (1926), incluido en *O. N.*, p. 59.

con la fuerza del grito en *Hijos de la ira*. Dámaso Alonso, hombre angustiado en un mundo angustiado, no puede expresarse en poemas serenos, en islas de belleza: "con la sacudida de la guerra y el acceso a la edad madura, sintió la irresistible vocación de expresar la busca de un Dios oculto en la tiniebla, la protesta contra la maldad humana y la insatisfacción de sí mismo..."<sup>11</sup>.

Ambos libros son de forja mística y bíblica y al mismo tiempo expresión lúcida de la sensibilidad del hombre contemporáneo y de su atmósfera existencial y espiritual.

*Oscura noticia* es el libro "de la necesidad de Dios" traducida como ansiedad, búsqueda y lucha. El sentido del título será explicado posteriormente por el autor:

Y al cabo de los años llegó por fin la tarde,  
sin que supiera cómo,  
en que cual una llama  
de un rojo oscuro y ocre,  
me vino la noticia,  
la lóbrega noticia  
de tu belleza y de tu amor<sup>12</sup>.

En uno de los primeros poemas, el bellissimo soneto "Ciencia de amor", expresa que, a través del amor humano tiene una vaga intuición de Dios, aunque no ahonda mucho en ella. No tiene certeza, sólo sabe que los ojos y los labios de la amada le traen la "oscura noticia", la caricia de un mundo acabado:

No sé. Sólo me llega en el venero  
de tus ojos, la lóbrega noticia  
de Dios; sólo en tus labios, la caricia  
de un mundo en mies, de un celestial granero.

Pero duda, se interroga, ¿es la amada canal del bien o de la destrucción? ¿Es muerte o es vida? ¿Toea en ella sólo la brevedad, la belleza

<sup>11</sup> RAFAEL LAPESA, "El magisterio de Dámaso Alonso", en *Insula*, Madrid, N.º 138. 139, mayo-junio 1958, p. 1.

<sup>12</sup> "Las alas", en *H. I.*, p. 156.

effímera, el goce inmediato simbolizado en la rosa o la trascendente inmutabilidad de la estrella? ¿Llama en ella a Dios o se queda en su inmediatez? El poema expresa la ambivalencia de la realidad que puede ser portadora del bien y del mal y anticipa la función mediadora de la mujer y del amor en la relación del hombre con Dios (Cf. "A la Virgen María", "Las alas"...-). El poeta profundiza en las interrogaciones, pero renuncia a profundizar en la respuesta. Sólo tiene certeza del impulso cósmico de su amor y se contenta con la evidencia de lo inmediato, con la felicidad presente:

Junco en el agua o sorda piedra herida,  
sólo sé que la tarde es ancha y bella,  
sólo sé que soy hombre y que te amo<sup>13</sup>.

### *La noticia de la muerte*

Pero esta actitud aparentemente evasiva pronto desaparece. No basta. Muy cerca está acechando la muerte con un mensaje nihilista, amenazador y angustiante. La muerte acosa, lo invade todo de tal manera, sin dejar un resquicio para la huida, que se identifica con la luz misma, con la fuente de la vida, con la vida misma:

La muerte no tiene pasos  
cautelosos, ni guadaña.  
La muerte es la luz. ¡Qué honda  
la luz del verano, amada!

¡Cómo se adensa en los huertos  
que con la siesta se inflaman!  
¡Cómo lo saben las rosas!  
Botón que nace, lo canta...

Es "la vida que durando se destruye", es el desasosiego de Quevedo: "...Azadas son las horas y el momento, / que, a jornal de mi pena y mi cuidado, / cavan en mi vivir mi monumento"<sup>14</sup> y "... ¡oh condi-

<sup>13</sup> O. N., p. 12.

<sup>14</sup> Del soneto: "¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!...".

ción mortal! ¡oh dura suerte! / ¡Que no puedo querer vivir mañana / sin la pensión de procurar mi muerte”<sup>15</sup>.

El poeta se siente personalmente amenazado por la luz de muerte y le suplica que se detenga: “¡Tente luz, aguarda!...”.

Se intensifica la angustia y la desolación: la muerte persigue como un cazador y la huida no tiene sentido, a nada conduce. Hay ecos de la actitud existencialista: “el hombre es un ser para la muerte”:

¡Por el hondón de mi angustia,  
trompeterías de caza!  
yertas almas, por otros,  
huyen, huyen, hacia nada...

La muerte es inexorable destrucción, el mensaje de esperanza de la naturaleza es sólo un piadoso engaño, el imperioso llamado del amor y de la vida —que reclama vida— no tiene respuesta. Sólo le resta pedir que acunen con ternura<sup>16</sup> su frágil vida, para que en el sueño no pueda ver cómo el día prepara la noche, cómo la luz prepara la muerte:

..... Niña,  
mi frágil vida, acunadla  
como a una hojita pequeña,  
como briznilla de nada.

¡Que duerma bien! Que no vea  
cómo, soturna, prepara  
esos funerales ocres  
la fosca luz acerada<sup>17</sup>.

### *Amor, principio de la muerte*

El amor, intenso, desbordante, apasionado, derramado “por las más hondas venas”, realidad profunda del hombre, contradicción, “fresco

<sup>15</sup> Del soneto: “¡Cómo de entre mis manos te resbalas!”.

<sup>16</sup> Es rasgo característico de Dámaso: cuando la expresión vivencial y el clima poético son más tensos, ásperos y desgarrados, aparece súbitamente la nota tierna, la ternura que en el corazón del poeta despiertan el sufrimiento y la pequeñez del hombre. Logra esta impresión, estilísticamente, sobre todo con el uso de diminutivos.

<sup>17</sup> “Dura luz de muerte”, en *O. N.*, p. 13-16.

hontanar y furia desvalada”, ansia insaciable, es sentido también como principio destructor:

...¿Hacia qué hondón sombrío me convida,  
desplegada y astral, tu cabellera?  
¡Amor amor, principio de la muerte! 18.

Ya Vicente Aleixandre había visto el amor como destrucción, por ser un acto que quebranta nuestras fronteras. En su visión panteísta del mundo, los límites oprimen y encierran a los seres en sí mismos. La muerte, que destruye esos límites y permite la incorporación al cosmos, se identifica con el amor, fuerza que lleva a la fusión. “Y ahora Dámaso Alonso, en la misma dirección que Aleixandre, va un poco más lejos todavía. Porque funde en una sola desesperación vital la angustia de la carne con la del espíritu. Y corre el peligro de que la pasión amorosa empiece a ser también desesperación religiosa”<sup>19</sup>. Hay una intuición del misterio trascendente del amor, que ha de pasar por la muerte para lograr el apogeo de la vida, la metamorfosis y la participación. Por ahora la interrogación ante el misterio se detiene en la etapa de la muerte.

### *La desesperanza*

Los múltiples avisos de la muerte han abrumado al poeta. La angustia de vivir se hace patente en “A los que van a nacer”. Vivir es rodar en un páramo, es preguntar y no tener respuesta. Si es tan doloroso vivir, si no se descubre su sentido, ¿para qué nacer?

...Oh fuentes silenciosas.  
Oh soterradas fuentes  
de los enormes ríos de la vida.

Seréis torrente en furia  
que va a rodar al páramo. Seréis

<sup>18</sup> “Amor”, *ibid.*, p. 17.

<sup>19</sup> LUIS FELIPE VIVANCO, “La poesía existencial de Dámaso Alonso”, en *Introducción a la poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1957, p. 276.

indagación y grito sin respuesta.  
 Ay, guardad esa luz estremecida.  
 Ay, refrenad el agua,  
 volved al centro exacto.  
 Ay de vosotros<sup>20</sup>.

Es la antigua desesperanza ya expresada en el Eclesiastés: "Torneme y vi las violencias que se hacen debajo del sol, y las lágrimas de los oprimidos sin tener quien los consuele, y la fuerza en manos de los opresores sin tener aquéllos consolador, y proclamé dichosos a los muertos que se fueron, más dichosos que los vivos que viven todavía y más dichosos aún a los que nunca vivieron y no vieron lo malo que debajo el sol se hace" (4, 1-3).

Es la antigua desesperanza, pero es también la desesperanza que predomina en la atmósfera de la época, agitada por las guerras, y que encuentra su principal cauce de expresión en los autores "existencialistas", postuladores de "lo absurdo de la condición humana". Se ha rotulado muchas veces a Dámaso Alonso como poeta existencialista. El mismo Dámaso y otros críticos se han ocupado de rebatir o de precisar los límites de esta calificación<sup>21</sup>. Nos interesa destacar que, a pesar de su angustia y de su atormentada interrogación ante el aparente absurdo existencial ("seréis indagación y grito sin respuesta") el poeta persigue tenazmente una respuesta divina que dé sentido a lo incomprendible.

La oscura noticia de Dios le llega sobre todo a través de la evidencia de la muerte y de la limitación humana. Pero antes de que el mensaje comience a hacerse comprensible es necesario que el hombre, que el alma, recorra hasta el final el camino de la noche, de la soledad, del dolor, que se sienta ahogado en su limitación humana, que el sufrimiento se inscriba profundamente en el corazón, que se descienda hasta el *scheol*, hasta el reino de las sombras<sup>22</sup>.

En las situaciones existenciales y espirituales límites, cuando el hombre comprueba su impotencia, cuando se derrumban sus caparazones y sus propias y frágiles estructuras, es cuando Dios comienza a re-

<sup>20</sup> O. N., p. 19.

<sup>21</sup> Cf. FLYS, *op. cit.*, p. 215 y sigs.

<sup>22</sup> Cf. Ps. 6,6; Jonás, 2, 1-11; etc.

velarse. Cuando el hombre se acepta débil, desnudo, dependiente, "relativo" y no absoluto, la nube tras la que Dios se escondía comienza a abrirse.

*Dios, Señor de la vida y de la muerte*

En el proceso interior que revelan los poemas de Dámaso Alonso, el momento del descubrimiento está próximo. En el soneto "Destrucción inminente" el poeta siente que la vida de una frágil varita de avellano depende de su arbitrio. Puede quebrarla fácilmente en el verano, en la plenitud vital:

¿Te quebraré, varita de avellano  
te quebraré, quizás? Oh tierna vida,  
ciega pasión en verde hervor nacida,  
tú, frágil ser que oprimo con mi mano.

Un chispazo fugaz, sólo un liviano  
crujir en dulce pulpa estremecida,  
y aprenderás, oh rama desvalida,  
cuanto pudo la muerte en un verano.

O puede dejar que el otoño haga su lenta obra:

Mas, no; te dejaré... juega en el viento,  
hasta que pierdas, al otoño agudo,  
tu verde frenesí, hoja tras hoja.

Desde el primer cuarteto hemos adivinado que esa frágil y tierna varita de avellano es símbolo del poeta, de su vitalidad apasionada ("ciega pasión", "verde frenesí"). Y la relación de dependencia: rama-hombre, se traslada, en el último terceto, a la relación: hombre-Dios:

Dame otoño también, Señor, que siento  
no sé qué hondo crujir, qué espanto mudo.  
Detén, oh Dios, tu llamarada roja<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> O. N., p. 21.

En "Dura luz de muerte" había pedido a la tierra, como realidad natural perdurable y fecunda, que protegiera su vida. Ahora se dirige a Dios, Señor de la vida y de la muerte.

*El sentido de la destrucción*

La oscura noticia se va despejando. En "Solo" el poeta clama a Dios desde su soledad y comienza a intuir el sentido de la destrucción. El poema lleva como epígrafe unos versos de Antonio Machado:

Como perro sin amo que no tiene  
huella ni olfato, y yerra  
por los caminos...

Es el hombre autónomo, desligado, abandonado a su libertad, o —como dice Sartre— "condenado a ser libre", condenado a la soledad. Es el hombre que puede elegir todos los caminos pero que yerra por ellos porque no tiene metas o, mejor dicho, ha perdido la meta que puede darle un sentido definitivo de vida.

Y el poeta llama a Dios:

Híreme. Sienta  
mi carne tu caricia destructora.

Sabe que el encuentro con Dios es una herida. La Biblia, la literatura mística, la experiencia espiritual lo han confirmado de mil modos. San Juan de la Cruz —tan profundamente admirado y esclarecido "desde esta ladera" por Dámaso Alonso— lo expresó inefablemente:

¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!,

pues ya no eres esquiva,  
acaba ya si quieres,  
rompe la tela de este dulce encuentro<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> "Llama de amor viva" - Sin embargo el símbolo de la herida que corresponde en el poema de San Juan de la Cruz a la cima de la unión mística, corresponde en el poema de Dámaso al deseo de que Dios haga sentir su presencia por medio de la corrección y de la purificación.

Dámaso se vale, como San Juan de la Cruz, de la antítesis: “caricia destructora” ( en San Juan: “tiernamente hieres”, “cauterio suave”, “regalada llaga”... ). El amor es, en ciertas etapas, doloroso y el de Dios lo es particularmente porque debe sanar al hombre. Este, para lograr la unión debe someterse a un proceso de purificación de aquello que lo hace desemejante de Dios, que es amor; debe liberarse del peso de “la carne”, palabra bíblica que designa, no el cuerpo, según maniquea y erróneamente se entiende generalmente, sino lo que hay de corruptible en el cuerpo y en el espíritu y que contrasta con el amor y la santidad de Dios.

Dios no responde a la súplica del poeta:

Desde la entraña se elevó mi grito,  
y no me respondías. Soledad  
absoluta. Solo. Solo.

Y retoma la comparación del epígrafe, la imagen del perro errabundo y solitario. Dámaso no busca símbolos estéticos sino aquellos que ásperamente comunican su sentimiento desgarrado. Ya se insinúa en *Oscura noticia* el lenguaje deliberadamente cotidiano y hasta prosaico que predominará en *Hijos de la ira*. El hombre desarraigado y solitario recurre a un símbolo que rebaja su dignidad humana (“como perro”) y que conlleva una intensa carga de compasiva emoción:

Si, yo he visto esos canes errabundos,  
allá en las cercas últimas,  
jadeantes huir a prima noche,  
y esquivar las cabañas  
y el sonoro redil, donde mastines  
más dichosos, no ignoran  
ni el duro pan ni el palo del pastor.

Huída, búsqueda, lucha, angustia, resumen el estado espiritual del poeta. Busca la luz, “ventea luceros”, pero aún lo rodean las tinieblas, “la indiferencia de los astros”, “los cierzos finos”. ¡Cómo trasmite su ate-

rradora soledad, su desarraigo y su necesidad del amo, del "duro amo" que lo someta! Dios es intuido como un Dios exigente, terrible. El Dios inmensamente poderoso, capaz de agitar firmamentos, de desatar diluvios de fuego, de sacudir para aventar escorias. El Dios a quien el hombre busca ansiosamente, pero de quien —al mismo tiempo— huye con temor. Sin embargo, más fuerte que el terror a sus exigencias, más fuerte que la rebeldía, es el temor a la radical soledad:

Oh, sí, yo tengo miedo  
a la absoluta soledad.  
Miedo a tu soledad. Sienta tu garra,  
tu beso de furor. Lo necesito  
como un perro el castigo de su amo.  
Mira:  
Soy hombre, y estoy solo<sup>25</sup>.

### *La "garra" de Dios - El sentido de las "noches"*

El poeta comprende que debe *someterse* al "beso de furor" que disolverá su propia coraza, que lo librerá de la soledad y lo abrirá a la comunicación. La mano de Dios es sentida como una "garra", es la mano que aprieta, que lastima, en los períodos de prueba o purificación. La imagen de la "garra" o "zarpa" divina, aparece ya en Hopkins, poeta inglés del siglo XIX, de extraña modernidad, admirado y traducido por Dámaso Alonso. Sus poemas "Consolación de la carroña" (*Carrion Comfort*) y "No, no hay peor" (*Poems*, 41) tienen estrecha relación con éste y otros poemas posteriores de Dámaso Alonso.

En "Consolación de la carroña" Hopkins expresa, con extraordinaria intensidad de sentimiento, las etapas del encuentro con Dios (¿del gran Encuentro? ¿de esos parciales encuentros que cíclicamente se repiten, cada vez dentro de un distinto contexto existencial, pero cada vez más profundos, cada vez más interiores?). Primeramente la prueba, la oscuridad, la noche, la aridez, el desgano, el tormento, la lucha contra la desesperación:

<sup>25</sup> O. N., p. 22-23.

No, Desesperación, tú no, consuelo  
de la carroña,  
no serás mi festín;  
.....  
ni en la última congoja  
del dolor gritaré ¡No puedo más! Si puedo;  
algo puedo: anhelar,  
esperar llegue el día, no elegir el no ser.

Luego la interrogación a un Dios terrible, que sacude sobre el poeta su "zarpa estrujamundos". ¿Por qué ese dolor?:

Mas, ay, di, tú, terrible, dime, ¿por qué sacudes  
rudamente tu diestra, tu zarpa estrujamundos,  
sobre mí? Di, ¿por qué, por qué me apesadumbran  
tus miembros de león, y por qué atisbas  
con tus oscuros ojos lacerados?  
¿por qué me aventuras,  
en borrascosas ráfagas,  
a mí, apilado acervo enloquecido,  
por huirte, escapar

La difícil respuesta se hace inteligible: es la purificación a la que Dios somete al hombre (por diversos medios y caminos: desgracias o infortunios temporales, tentaciones, sequedad interior...):

¿Por qué? para que vuele  
el tamo y que mi trigo  
yazga limpio y desnudo.

Después de la prueba, de la lucha contra Dios, del intento de huida, ha llegado la iluminación interior que revela el sentido espiritual de lo acontecido y la aceptación ("el flagelo besé que me afligía") acompañada de gozo:

Oh, si, mi corazón sorbió allí fuerzas,  
robó el gozo, y ya quiso  
reír, quiso aclamar...<sup>28</sup>.

<sup>28</sup> Traducido por DÁMASO ALONSO: "Seis poemas de Hopkins", en *Poetas españoles contemporáneos*, p. 421-422.

La purificación a través del dolor y de la muerte no se acaba en la destrucción, sino que da lugar a un nuevo y más alto nacimiento, a una espiritualización. Esta "transformación" y no mera "destrucción" o "aniquilamiento" fue siempre destacada por místicos y teólogos. San Juan de la Cruz, cuando desarrolla la doctrina de "las noches" (etapas psicológicas dolorosas de purificación) señala la virtud *transformativa del amor*. El simbolismo del fuego y del leño es significativo: el fuego arroja la savia de una rama. Esta se retuerce, oscurece, carboniza. Luego, cuando está seca, se enciende y despide el calor y la belleza de la llama. Lo mismo sucede con el fuego del amor divino. Arranca los humores y la savia de nuestra naturaleza inferior, de nuestras imperfecciones. Pone de relieve muchas faltas disfrazadas por la naturaleza humana. "Una misma y única forma, el fuego, es la que primero ennegrece el leño y la que luego le pone hermoso y refulgente. Una misma y única realidad, el amor divino, es lo que purifica primero al alma; lo que más tarde la ilumina, y lo que, finalmente, la transforma y diviniza"<sup>27</sup>.

"No, no hay peor", de Hopkins, traduce aún más patéticamente el período de suma oscuridad que precede a la luz:

No, no hay peor. Más allá del frenesí de la angustia  
más penas, más diestras siempre, han de estrujar con más ira<sup>28</sup>.

El mismo Dámaso Alonso nos da la clave para la interpretación de este poema, tan próximo al clima de los suyos: "Ninguno más sombrío, más, al parecer, desesperado, que éste. ¿Hay que inferir también un derrumbamiento de su fe? De ningún modo. Conocidos son en los caminos de la piedad, tales simas. Si tuviéramos testimonios de experiencias místicas en Hopkins, podrían interpretarse como túneles de la "noche oscura del alma". Sin esa evidencia, es fácil interpretarlos como registros de los momentos en que el espíritu se crea abandonado y seco: con un sabor amargo, que es él mismo; su propio sabor, como

<sup>27</sup> P. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *San Juan de la Cruz*, Barcelona, Labor, 1946, p. 156.

<sup>28</sup> *Poetas españoles contemporáneos*, p. 422.

dice Hopkins en otro poema sombrío de 1877... Pero la luz vuelve. Aun en ese desesperado poema, hay un rayo de esperanza final"<sup>29</sup>.

Y en un poema muy posterior, "Búsqueda de la luz. Oración", perteneciente a *Gozos de la vista*, Dámaso va a formular una vez más la experiencia espiritual de que en estas atroces "noches" está Dios presente y actuando: "...Si en nuestra ciega noche se nos sacude el alma con anhelos o espantos, es tu mano de pluma o tu garra de fuego que acaricia o flagela".

### *El deseo de unión*

En "Más aún", ya desde el título expresa una intensificación del ansia de ser purificado por ese ser del que aún no sabe el nombre y al que designa con símbolos bíblicos, sugeridores de su esencia y de su acción: agua, fuego, viento:

¡Más, más, ya sólo leño crepitante,  
 aventada ceniza!  
 Aniquila, disuelve, incendia, oh furia.  
 ¡Inundación, volcán, viento te llamas?...

Y tras el deseo de purificación expresa el deseo de unión, justificación de toda ascética:

Adelgaza mi vida como el cauce,  
 ya lámina de mica, transparente,  
 agua sorbida por el gran estío,  
 sólo arena dorada.

Si soy arena,  
 lija, líjame bien: iré desnudo,  
 sólo arena desnuda, hasta el gran viento  
 donde tus siglos rugen...<sup>30</sup>

En el poema "La muerte" ésta es vista ya como una transformación de vida, como una fuerza que nos inmola "hacia otro sol más

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 415-416.

<sup>30</sup> *O. N.*, p. 26.

fuerte". Si comparamos este poema con "Dura luz de muerte" observamos una actitud distinta. Allá angustia, rebelión, aquí serenidad, sensación aérea, ligera. La muerte en este poema ya no es dura, es tierna. Los vientos —la vida, la temporalidad— han cedido:

Sombra fue esa creciente de ternura,  
que te ciñó como las aguas altas  
cuando buscan apoyo las espigas.  
No la temas. Los vientos han cedido.

El alma pasa por la antigua vida, por la antigua lucha, pero ya sin roces, sin asperezas:

¡Volar, sentir la soledad de un sueño!  
¡Pasar sin roce por las mismas aguas  
donde, sueño también, antes bogábamos!<sup>31</sup>

#### HIJOS DE LA IRA

"...y éramos por naturaleza *hijos de ira*"

(Ef., 2,2-5)

A fines de la primavera de 1944, se publicó *Hijos de la ira*. "Estos hijos —estos poemas— eran un estallido de su humanidad, reventón de su angustia, en busca de curación y alivio. Lloraba furiosamente —en y con ellos— su propia podredumbre y la estéril injusticia del mundo. Con acento profético y apasionado, con frenesí e ira apocalíptica en ocasiones, el poeta expresaba al hombre desesperado que vivía en él y en un mundo corroído y purulento"<sup>32</sup>.

En *Hijos de la ira* se intensifican, se desarrollan y se amplían los temas tratados en *Oscura noticia*. El clima espiritual y poético se hace más obsesivo, más oprimente, más torturante aún que en *Oscura noticia* y reclama una brecha que permita respirar aire puro. La destruc-

<sup>31</sup> O. N., p. 29.

<sup>32</sup> CONCHA ZARDOYA, "Dámaso Alonso y su *Hijos de la ira*" en *Poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1961, p. 413.

ción, la temporalidad, la muerte y la aniquilación, reclaman transformación positiva, eternidad, inmortalidad, ser. La limitación humana reclama infinitud. El dolor absurdo y estéril reclama sentido y fecundidad. El desorden y el caos en el hombre, en la sociedad, en el mundo, reclaman un orden y una organización. La soledad reclama comunicación personal y amorosa. La injusticia, la violencia, el mal, el pecado y la abyección del hombre, reclaman redención, auxilio, misericordia y santidad. La corrupción, la podredumbre, la viscosidad, la náusea, reclaman la incorruptibilidad. La interrogación frenética reclama respuesta. La oscuridad, luz. La desorientación, norte.

En suma: todos los temas de *Hijos de la ira* están gritando la necesidad de Dios.

Muy difícil es, pues, deslindar estos temas para analizarlos separadamente. Todos fluyen de un mismo centro y todos convergen en un mismo fin, en una última interrogación y en una última respuesta. Por lo tanto en los poemas se entrecruzan, se alimentan mutuamente.

### *La ausencia de Dios*

El tema de la soledad, de la interrogación sin respuesta, del absurdo y del horror a la nada reaparece en varios poemas. En "Hombre", por ejemplo, retoma una imagen desarrollada ya en "Solo":

Hombre,  
 cábralo de tu angustia,  
 agujero de tus días  
 estériles, ¿qué aullas, can, qué gimes?  
 ¿Se te ha perdido el amo?

Pero la soledad es radical. El amo no se ha perdido: ha muerto:

No: se ha muerto.  
 ¡Se te ha podrido el amo en noches hondas,  
 y apenas sólo es ya polvo de estrellas!

Deja, deja ese inútil grito,  
ese inútil plañir, sin eco, en vano.  
Porque nadie te oirá. Solo. Estás solo <sup>33</sup>.

El horror a la nada es expresado en "A Pizca":

...Lo que yo siento es  
un horror inicial de nebulosa;  
o ese espanto al vacío,  
cuando el ser se disuelve... <sup>34</sup>

Es preferible el choque a ese caer sin dar en nada, a "ese espanto en la entraña de todo lo que existe" que se mueve entre dos nada, "entre dos noches, entre dos simas, entre dos mares".

Toda la potencialidad encerrada en los poemas que giran alrededor de estos temas alcanza plenitud en "Mujer con alcuza". No alude directamente al absurdo y sin embargo, desde los primeros versos, la imagen de la mujer que lleva inexplicablemente una alcuza en la mano, nos transmite —por vía irracional— el clima de angustia ante el absurdo de la existencia. Y seguimos, envueltos en una atmósfera de pesadilla y de opresión, a esa mujer que no sabe a dónde va, que arrastrando los pies, llevada por un terror oscuro, atraviesa paisajes desolados, que viaja en un extraño tren cuyo monótono ritmo es sugerido fielmente por el ritmo del poema:

¡Oh!  
noches y días,  
días y noches,  
noches y días,  
días y noches,  
y muchos, muchos días,  
y muchas, muchas noches.

En él culmina el tema de la soledad:

Y esta mujer se ha despertado en la noche,  
y estaba sola,

<sup>33</sup> *H. I.*, p. 125-126.

<sup>34</sup> *H. I.*, p. 91-92.

y ha mirado a su alrededor,  
 y estaba sola,  
 y ha comenzado a correr por los pasillos del tren,  
 de un vagón a otro.  
 y estaba sola,  
 .....  
 y ha gritado en la oscuridad  
 y estaba sola,  
 y ha preguntado en la oscuridad,  
 y estaba sola,  
 y ha preguntado  
 quién conducía,  
 quién movía aquel horrible tren.  
 Y no le ha contestado nadie,  
 porque estaba sola,  
 porque estaba sola<sup>85</sup>.

El poeta ha captado y expresado poéticamente, valiéndose de la reiteración que intensifica el clima obsesivo, la más profunda de las insatisfacciones humanas, la angustia de la soledad.

Pero Dámaso sabe que tras las sombras, una Presencia lo busca:

Si, tú me buscas.  
 A veces en la noche yo te siento a mi lado,  
 que me acechas,  
 que me quieres palpar,  
 .....  
 Si: me buscas.  
 Tórpemente, furiosamente lleno de amor me buscas.

Y nuevamente el reverso, el claroscuro. El resuello de ese Dios que acecha, se aleja. En varios poemas Dámaso expresa su intuición de una presencia misteriosa, con la imagen de un bulto impalpable que jadea a su lado. ¿El "mastín paterno" de "La isla"? ¿El león del poema de Hopkins?

Pero el resuello enorme  
 pasó, rozó lentísimo, y se alejó en la noche, indiferente y  
 [sordo...<sup>86</sup>

<sup>85</sup> En *H. I.*, p. 59-66.

<sup>86</sup> "En la sombra". en *H. I.*, p. 91-92.

*La presencia del mal*

En varios poemas, Dámaso Alonso constata la presencia del mal, de la injusticia y del odio como fuerza arrolladora, no sólo en el mundo sino en sus propias entrañas :

¡Oh lívidas raíces pululantes,  
Oh malditas raíces  
del odio, en mis entrañas,  
en la tierra del hombre!

Y se pregunta por su origen :

¿Quién os puso en la tierra  
del corazón?...

Acumula las más lóbregas definiciones de esa horrible, "tibia mucosidad" que lame "la boca virginal, estremecida". ¿De dónde proceden esas "raíces de odio"? :

¡Oh! ¿De dónde, de dónde, vengadoras? "

En "La injusticia" el poeta se dirige a una oscura fuerza que invade la primitiva inocencia del mundo :

¿De qué sima te yergues, sombra negra?  
¿Qué buscas?  
Los oteros,  
como lagartos verdes, se asoman a los valles  
que se hunden entre nieblas en la infancia del mundo.

Esa frescura primigenia es oscurecida por la pujante injusticia. Y esa "onda turbia", "contraria del amor", que ha invadido al mundo y a los hombres, llega también hasta el poeta :

" "Raíces del odio", en *H. I.*, p. 129-132.

...Hoy llegas hasta mí.  
 He sentido la espina de tus podridos cardos,  
 el vaho de ponzoña de tu lengua  
 y el girón de tus alas que arremolina el aire.  
 El alma era un aullido  
 y mi carne mortal se helaba hasta los tuétanos.

En este poema se sucede el juego de luces y sombras, los contrastes logrados con procedimientos estilísticos que recuerdan a los de Góngora en la *Fábula de Polifemo y Galatea*. El tono áspero, iracundo, lóbrego, frío, usado para definir la injusticia ("sombra negra", "oquedad devorante", "inmensa tumba", "mancha lóbrega", "reina de las cavernas", "látigos de granizo"...), se hace de pronto cálido, dulce y tierno cuando afirma que la presencia del amor triunfa en el hombre:

Hiere, hiere, sembradora del odio:  
 no ha de saltar el odio, como llama de azufre, de mi herida.

Heme aquí:  
 soy hombre, como un dios,  
 soy hombre, dulce niebla, centro cálido,  
 pasajero bullir de un metal misterioso que irradia la  
 [ternura.

Es el dualismo del mundo: injusticia-amor, el dualismo del hombre, que puede ser mordido por el mal pero que siente que en él hay algo más fuerte: el amor:

Podrás herir la carne.  
 No morderás mi corazón,  
 madre del odio.  
 Nunca en mi corazón,  
 reina del mundo<sup>28</sup>.

Son las dos fuerzas en pugna que constituyen el trasfondo de la historia humana, resumida en un poema simbólico, de sabor escatológico:

<sup>28</sup> En *H. I.*, p. 19-21.

‘El último Caín’. Nos encontramos en un mundo fantástico y sombrío, ante un panorama de total destrucción. Aparentemente ha triunfado el odio:

Ya asesinaste a tu postrer hermano:  
Ya estás solo.

Pero también en este poema, como en la visión apocalíptica de San Juan, en donde se expresa la subordinación final de las potencias del mal a Cristo, lo que prevalece es el amor:

Pero la vida es más fuerte que tú,  
pero el amor es más fuerte que tú,  
pero Dios es más fuerte que tú<sup>80</sup>.

### *La corrupción y la podredumbre*

En *Hijos de la ira* aparece, en forma obsesiva y cruda, el tema de la corrupción y de la podredumbre, en relación con los temas de la temporalidad y de la muerte —ya analizados en *Oscura noticia*— y en relación también con el sentimiento de la abyección y del pecado.

En *Oscura noticia* Dámaso expresaba su mundo personal y en él se concentraban los eternos problemas humanos. Ahora su percepción se ha ampliado, su voz es la voz de la humanidad:

Y paso largas horas preguntándole a Dios,  
preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,  
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,  
por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.

La conciencia desolada de la desintegración, de la descomposición, de la podredumbre es expresada frecuentemente por los escritores que publican en las décadas del treinta y del cuarenta, en relación con el superrealismo, que bucea en las oscuras simas del subconciente, y con

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 49-54.

el existencialismo. Recordemos, por ejemplo, al Neruda de *Tercera residencia* (1935-1945). El poeta —comenta Amado Alonso<sup>40</sup>— ve la lenta descomposición de todo lo existente, contempla alucinadamente la desintegración radical de la realidad, se angustia por el sentido de su vivir, pero las cosas sólo le entregan su “sin-sentido” que deja al hombre sufriente, náufrago desamparado en su angustia, náufrago metafísico.

En “Insomnio” —y en otros poemas— Dámaso transmite también el dolor del hombre que se sabe materia en descomposición, que se espanta ante el “no-ser”. Y en este sentido capta la atmósfera de su tiempo. Pero a diferencia de Neruda y de otros escritores que naufragan en la nada, Dámaso intuye —oscuramente en este poema, con más claridad en otros— que hay una trasposición de vida:

Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?  
 ¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día,  
 las tristes azucenas letales de tus noches?<sup>41</sup>

La intuición no es aquí —como lo es en otros poemas— amorosa. El tono es amargo, imprecatorio, rebelde. Siente a Dios como a un ser despótico que destruye sin amor para abonar sus huertos. También “es de procedencia racionalista moderna —observa Vivanco— la audacia con que se dirige a Dios para hacerle preguntas tan comprometedoras y, en el fondo, tan temerarias: como si fuera necesaria la realidad del mal —el símbolo del estiércol— para que la Creación divina siguiera funcionando”<sup>42</sup>.

Pero en Dámaso la angustia por la descomposición que crece desde la vida, no es sólo una posición metafísica. Aparece también ligada a la noción de mal y de pecado. El hombre palpa la corrupción en el mundo que lo rodea y la siente en sí mismo.

En la nota preliminar a “Los insectos” el poeta dice: “Pero ocurrió que me pasé las manos por la cara y quedé asombrado: yo estaba podrido. No, no era muerto: no estaba muerto, no. No era la podredumbre

<sup>40</sup> Cf. AMADO ALONSO. *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, cap. I: “Angustia y desintegración”.

<sup>41</sup> En *H. I.*, p. 1-2.

<sup>42</sup> Ob. cit., p. 280-281.

que se produce sobre la muerte, sino la que se produce en los seres vivos... ¡Oh Dios mío! ¡Oh gran Dios! Sin duda la fétida miseria de mi alma había terminado de inficionar mi cuerpo. Porque aquello era mucho más que mi habitual putrefacción"...<sup>43</sup>. La corrupción, según evidencia el último párrafo, procede del alma.

Pero, como observa Flys<sup>44</sup>, Dámaso Alonso inicia "la delicada operación de salvamento" en ese proceso de rebajamiento del ser humano ya presente en poemas de Alberti, Lorca, Cernuda y Aleixandre. Del más humilde tocar fondo en la propia miseria surge el redescubrimiento de Dios. El poeta se compara con los seres más despreciables, con los desechos de la creación:

Yo soy el orujo exprimido en el año de la mala cosecha,  
yo soy el excremento del can sarnoso,  
el zapato sin suela en el carnero del camposanto,  
yo soy el montoncito de estiércol a medio hacer, que nadie compra,  
y donde casi ni escarban las gallinas.

Y tras esta enumeración tan áspera, tan ajena a todo esteticismo, que alude a realidades tan vulgares y prosaicas, (sin excluir el toque de ternura), surge el grito antitético, el salto hacia la santidad y la pureza por medio del amor:

pero te amo frenéticamente.

La podredumbre y la desintegración son —esta vez— medios de unión:

¡Déjame, déjame fermentar en tu amor,  
deja que me pudra hasta la entraña,  
que se me aniquilen hasta las últimas briznas de mi ser,  
para que un día sea mantillo de tus huertos"<sup>45</sup>

<sup>43</sup> En *H. I.*, p. 116-117.

<sup>44</sup> Ob. cit., p. 268.

<sup>45</sup> "De profundis", en *H. I.* p. 141-142.

*La revelación de Dios*

“El alma era lo mismo que una ranita verde” y “La isla” son dos poemas reveladores del proceso seguido por el alma en su encuentro con Dios. Uno expresa las últimas resistencias opuestas por el alma —simbolizada en esa humilde “ranita verde”, en ese ser insignificante, feo y tierno— antes de la entrega.

Desea a ese rumoroso Dios que pasa junto a ella invitándola, pero duda y teme el salto, el dejarse arrastrar sin saber a dónde. Está instalada en su “costumbre antigua”, está apegada a su “dulce ribera”:

El alma era lo mismo  
que una ranita verde,  
largas horas sentada sobre el borde  
de un rumoroso  
Misipí.  
Desea el agua, y duda. La desea  
porque es el elemento para que fue criada,  
pero teme  
el bramador empuje del caudal,  
y, allá en lo oscuro, aún ignorar querría  
aquel inmenso hervor  
que la puede apartar (ya sin retorno,  
hacia el azar sin nombre)  
de la ribera dulce, de su costumbre antigua.  
Y duda y duda y duda la pobre rana verde

Pero la fuerza de Dios es más poderosa que la resistencia dubitativa del hombre y lo arrastra en su corriente, hacia su “incógnita aventura”, hacia su Amor:

...Ay, Dios,  
cómo me has arrastrado,  
cómo me has desarraigado,  
cómo me llevas  
en tu invencible frenesí,  
cómo me arrebataste  
hacia tu amor!

La iniciativa, como en todo proceso místico, ha sido de Dios, pero el hombre, después del período de resistencia, acepta la entrega:

Yo dudaba.  
 No, no dudo:  
 dame tu incógnita aventura  
 tu inundación, tu océano,  
 tu final,  
 la tromba indefinida de tu mente,  
 dame tu nombre,  
 en ti <sup>46</sup>.

En "La isla" <sup>47</sup> el alma del poeta se ha apaciguado. Ha llegado la iluminación, la comprensión: el alma es como una isla "ensimismada en sueños" y Dios el ignorado "ceñidor azul que la circunda", "su razón de existir", "lo que le da su ser". Y ahora que —por fin— comprende, mira retrospectivamente su proceso y se admira de la paciencia de Dios que lo ha originado, rodeado, protegido en silencio, esperando mansamente la hora del despertar, de la disipación de las nieblas:

...sino que hayas estado circundándome  
 45 años,  
 originándome  
 45 años,  
 callado y en reposo junto a tu criatura  
 más desvalida,  
 lo mismo que al enorme mastín paterno vela,  
 sin nana, sin arrullo,  
 el sueño  
 del niño más pequeño de la casa.

Luego expresa la idea de que Dios actúa silenciosa, misteriosamente en el hombre: "Es Yavé el que a sus amigos da el pan en sueños" (Ps. 127, 2 — V. 126). Dios es como un paisaje, como una música:

<sup>46</sup> En *H. I.*, p. 107-108.

<sup>47</sup> En *H. I.*, p. 135-139.

que misteriosamente,  
sin nosotros saberlo,  
nos condicionan con secretos efluvios de belleza

Pero luego Dios —el mar— ha querido hacer consciente a la isla de su presencia y ha comenzado a agitarse, a agitarla y también ha comenzado la resaca y la lucha:

Y me he asomado en la noche "  
y he sentido bullir, subir, amenazadora, una marea inmensa y desconocida....

Una vez más Dámaso nos presenta, no al Dios que aquieta, sino al Dios que inquieta, que traga, que devora:

Y el ser misterioso crece, crece y sube,  
como en la pesadilla de la madrugada la bestia que nos va a devorar.

Después de haberse sentido abrumado por un dolor gigantesco ("yo era un niño de seis años|acurrucado en sombra junto a un gigantesco cósmico"<sup>48</sup>, después de haber interrogado agónicamente a Dios por el significado de todos los espantos, de todos los monstruos que lo rodeaban<sup>49</sup>, Dios revela la profunda y difícil respuesta:

Oh Dios,  
yo no sabía que tu mar tuviera tempestades,  
y primero creí que era mi alma la que bullía, la que se movía,  
creí que allá en su fondo velaban agoreras las heces de tantos siglos de  
[tristeza humana,  
que su propia miseria le hacía hincharse como un tumefacto carbunco.  
Y eras tú.

El poeta descubre que Dios está presente no sólo en los acontecimientos favorables, en el crecimiento, en la vida, en la protección, sino que también actúa misteriosamente en la tristeza, en la miseria, en lo

<sup>48</sup> "Dolor", en *H. I.*, p. 101-103.

<sup>49</sup> "Los monstruos", en *H. I.*, p. 75.

incomprensible. Dámaso entiende el más recóndito significado de aquellos monstruos que lo espantaron —“y eras tú”— y anhela la unión definitiva:

Ya es hora, ya es muy tarde.  
Acaba ya tu obra, como el rayo...

Si, ámame, abrásame, deshazme.  
Y sea yo isla borrada de tu océano.

El poema autobiográfico “Las alas” cierra el libro. ¿Qué podrá ofrecer al Padre, cuando llegue el momento?:

Yo le diré: “Señor, te amé. Te amaba  
en los montes, cuanto más altos, cuanto más desnudos...

Lo ha amado en lo más grande y también en la briznilla más pequeña, en las florecillas diminutas:

Ay, yo te amaba aún con más ternura en lo pequeño

Pero el amor no basta si no se traduce en obras:

Porque, ¿cómo no amarte, oh Dios mío?  
¿Qué ha de hacer el espejo sino volver el rayo que le hostiga?

Dios le preguntará: “Tú, ¿qué has hecho”? Y el poeta ofrecerá, con temor, sus versos:

“Y aquí —diré—, Señor, te traigo mis canciones.  
Es lo que he hecho, lo único que he hecho.  
Y no hubo ni una sola  
en que el arco y al mismo tiempo el hito  
no fueses tú”.

Pero las canciones no bastarán a la justicia del Padre, aunque basten a su bondad. Y le seguirá preguntando: “¿Qué hiciste?” El poeta,

en su visión, siente que otra vez vacila, que otra vez le pesan los "80 kilos de miseria orgánica", que va a caer desde la altura, vertiginosamente:

... ¡Voy a caer!  
 Pero el Padre me ha dicho:  
 "Vas a caerte,  
 abre las alas".  
 ¿Qué alas? "  
 Oh portento, bajo los hombres se me abrían  
 dos alas,  
 fuertes, inmensas, de inmortal blancura.

La salvación de Dios llega al poeta —símbolo del hombre— por intermedio del amor de alguien, por el amor dado, suscitado, recibido, que lo sostiene, lo hace crecer y lo eleva:

Eran aquellas alas  
 lo que ya me bastaba ante el Señor,  
 lo único grande y bello  
 que yo había ayudado a crear en el mundo.  
 Y eran  
 aquellas alas vuestros dos amores,  
 vuestros amores, mujer, madre <sup>50</sup>.

### *Conclusión*

Creemos que la relación hombre-Dios constituye el tema central en la poesía de Dámaso Alonso. *Oscura noticia* e *Hijos de la ira* son las obras en donde el proceso psicológico y "místico" se muestra en su período agónico y fluctuante, de presentimiento, búsqueda, rechazo, anhelo, desesperanza, atisbos de esperanza y finalmente encuentro, unión y pacificación.

La poesía ha sido un medio de catarsis, de indagación y de expresión. De catarsis pues por el camino de la confesión poética se ha aliviado de su miseria y de su dolor:

<sup>50</sup> En *H. I.*, p. 153-159.

...y he llorado en furor, mi podredumbre  
y la estéril injusticia del mundo...  
Ay, hijo de la ira  
era mi canto.  
Pero ya estoy mejor.  
Tenía que cantar para sanarme<sup>51</sup>.

La poesía ha sido también un medio de indagación, de clarificación acerca del carácter de esa relación. Pero la catarsis, indagación y expresión poéticas son un medio importante para lograr la relación misma. La poesía permite objetivar lo oscuramente intuido o vivido y comprender su sentido. La relación —lo dicen los textos— parte de una iniciativa de Dios, pero la adhesión del hombre ha requerido una toma de conciencia para la cual la poesía ha prestado un servicio insustituible.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

<sup>51</sup> Ibid., p. 157.

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL  
*Santa Fe § Argentina*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO  
Facultad de Filosofía y Letras  
Instituto de Lengua Española  
**CUADERNO DE FILOLOGIA Nº 5**  
Mendoza, Argentina 1971